

«Cristianos por el Socialismo» en España

Por Juan N. GARCIA-NIETO (1)

Para situar la actual realidad de «Cristianos por el Socialismo (CpS) en España trataré de los siguientes puntos: en primer lugar, el origen en España y la naturaleza de CpS y el porqué de su nacimiento. Hablaré, en segundo lugar, de los aspectos más controvertidos, algo así como las luces y sombras que se proyectan sobre CpS, y de los que se hacen eco diferentes grupos y opiniones en el seno de la Iglesia y fuera de ella. Recordemos cómo en el comunicado final de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (febrero, 1976) se acusaba, por ejemplo, deficiencia en la información y se pedía que se ampliase antes de ofrecer por parte del Episcopado una valoración más definitiva de CpS. En último y tercer lugar insinuaré cuáles son los objetivos concretos que hoy se propone CpS en el conjunto del Estado español.

I.—ORIGEN EN ESPAÑA Y NATURALEZA DE CpS

CpS nace en España oficialmente en enero de 1973, con el llamado «Documento de Avila». Nace, en buena medida, aunque no de forma exclusiva, de la crisis de los movimientos apostólicos especializados (JOC, HOAC, Vanguardias), ocurrida en los últimos años de la década de los 60 y principios de los 70, y también con ocasión de la aparición de CpS en América Latina y más concretamente en Chile (abril, 1972).

(1) Ofrecemos al lector la transcripción escrita de una ponencia sobre el tema, tenida por el autor en los locales del Centro Loyola (Madrid), el día 8 de marzo de 1976. (Nota de la Redacción.)

En este sentido, CpS no es un producto directo de los célebres diálogos ideológicos y doctrinales entre marxismo y cristianismo, al estilo de los de Salzburgo. Surge, más bien, de algo mucho más vivencial, que podría expresarse de la siguiente manera: cómo queda interpelada la fe a partir de una práctica de militancia por el socialismo. Hecho este que ocurre también en otros países y regiones, por la misma época, en donde la presencia de cristianos en los diversos frentes de liberación plantea los mismos problemas: Italia, Filipinas, Canadá francés, Portugal, Vietnam del Norte, antiguas colonias portuguesas, etc. En España, pues, nace CpS a partir de realidades obreras y populares, aunque luego se extiende y encuentra eco y aceptación en otras capas sociales. Así, CpS está hoy presente en sectores de enseñantes, universitarios, profesionales de clases medias; incluso, en algunos sitios, con más incidencia en estos últimos sectores que en los obreros y populares, porque es en aquéllos donde, de alguna forma, puede decirse que sociológicamente se ubica el catolicismo en nuestro país. En cualquier caso, el interés y el impacto es evidente. Un botón de muestra: setecientos universitarios se congregaron en la Universidad de Valencia, en febrero último, para oírme una exposición sobre el significado de CpS en la actual coyuntura política de nuestro país.

Los antecedentes de CpS: la década de los 60

Por los años 1968 y 1969 se destaca y agudiza notablemente la dimensión política del movimiento obrero y popular. Esta politización encuentra un amplio eco en las organizaciones cristianas obreras (movimientos apostólicos). Sus militantes dan un paso muy serio hacia la acción política y sindical, tanto en organizaciones y partidos políticos como en agrupaciones de masas y comisiones obreras. Se hace, sin embargo, una constatación por militantes y consiliarios, un gran hueco, un vacío tremendo, que nos llena de perplejidad: me refiero al «retraso» doctrinal o más bien al «desfase» entre la doctrina clásica de la Iglesia en el ámbito social y político, y la experiencia política del militante. Los movimientos apostólicos, amparados en los privilegios concordatarios, habían realizado algo así, y en una buena medida, un trabajo de suplencia, frente a la precariedad de posibilidades con que se encontraban en aquella época las «organizaciones autónomas de clase». Cuando éstas van consiguiendo, poco a poco, abrirse paso, a pesar de la represión de que son objeto, los movimientos católicos se resienten, lógicamente, en su base.

Si a esto añadimos que el contenido doctrinal de dichos movimientos estaba impregnado de un antimarxismo y un anticomunismo casi diría «visceral», un buen número de militantes se encuentra frente a una alternativa que es casi un callejón sin

salida: o bien permanecen fieles a la fe y no llegan al compromiso político organizado, o bien optan por un compromiso político en ruptura, más o menos explícita, con la fe y con su pertenencia a la Iglesia. Aquí se encuentra el corazón de la crisis de los movimientos apostólicos y el vacío a que aludía hace unos instantes.

A pesar de esa realidad, por muchos de nosotros se empieza a buscar nuevas formas de vivencia de fe en coherencia con nuestro nuevo compromiso político, en la mayor parte de los casos de inspiración marxista. Es el momento de las comunidades populares, que se plantean muy seriamente el interrogante de qué significa hoy mantenerse fiel a la fe y a la Iglesia y, al mismo tiempo, optar y militar por el socialismo de inspiración marxista.

Así se inicia el proceso de las comunidades cristianas populares. Pienso en este momento en el Bajo Llobregat, en Cornellá, Sabadell, Tarrasa, Santa Coloma, de la provincia de Barcelona, y en los contactos que en seguida hicimos con comunidades de Andalucía, Valencia, Madrid, Galicia, País Vasco, etc., que se estaban planteando los mismos problemas que nosotros. El proceso era el mismo. Poco a poco vamos llegando a una constatación importante: el hecho de pertenecer a un partido político marxista empieza ya a no suponer necesariamente una ruptura con la fe y con la Iglesia. Cierto que se trata de una constatación muy primaria, que posiblemente no encontraría eco todavía en las altas esferas de reflexión teórica y teológica.

Es una experiencia intuitiva, de un hombre, de una mujer, de un sacerdote, de un militante, que se han visto envueltos, por su misma condición objetiva de clase, en las luchas de barrio o de fábrica, a las que no pueden renunciar porque es algo consustancial a su vida. Más aún, estas luchas están protagonizadas, en definitiva, por los partidos que históricamente se han proclamado marxistas. Son los partidos del pueblo y no hay por qué inventar otros. Esto que estoy diciendo son palabras oídas en nuestras reflexiones. No invento nada.

Aquí, pues, se encuentra la raíz, el origen de CpS: una preocupación por la vivencia de la fe y su coherencia con la militancia política. Se trata, fundamentalmente, de un hecho histórico que dará pie, desde luego, a replanteamientos teóricos. Pero fundamentalmente, en su origen, es una intuición y un convencimiento de que por ahí marchaba la historia y que era, en este nuevo espacio, donde el cristiano podía ser fiel a la historia y a su fe. En muchos de nosotros, las palabras de «Che» Guevara y experiencias similares de América Latina encontraban un eco estimulante y clarificador: «Cuando los cristianos se tomen en serio la revolución, la revolución será imparabla».

Un doble itinerario: encuentro marxismo-fe

Desde luego, no era un proceso simple. Cada militante tiene su propia historia, a veces dolorosa y dramática, ante esa constante pregunta: «¿Qué significa ser cristiano y ser marxista?». Respuestas como «la fe no me sirve», «la fe me es un obstáculo», «la fe está vinculada a la institución de una Iglesia, considerada como aliada a los opresores del pueblo», etc., llevan consigo momentos difíciles y de desgarros interiores. La fe se abandona, se produce la ruptura. En otros casos, no: se vive el misterio de la fe como don gratuito, pero profundamente interpelante. Comienza así un primer itinerario que, más o menos, como he dicho en otro lugar (2), podría describirse de la siguiente forma: «Como tantos otros compañeros de trabajo, descubre poco a poco o a veces de forma imprevisible la realidad de la explotación a que él y su clase se hallan sometidos, y se produce en su interior el largo o rápido proceso de «concienciación» y de participación en la lucha, igual que cualquier otro compañero de trabajo. Entra así a formar parte del proceso revolucionario, descubierto a partir de una experiencia..., y se encuentra sumergido conscientemente en la lucha de clases y en la praxis revolucionaria. De hecho, la fe ni le ha impulsado directamente ni le ha molestado en su opción política marxista. Pero no se abandona la fe. Esta se transforma, por el contrario, en objeto de purificación, y comienza otro proceso, a veces también penoso y largo, pero siempre intuitivo y creador, de redescubrir el contenido último de las exigencias evangélicas. Proceso que consiste fundamentalmente en desmontar todo lo que de ideológico-burgués había en la expresión externa y formal de la fe y de su misma pertenencia a la Iglesia.»

Es aquí donde entronca la praxis revolucionaria con la tradición profética de la palabra de Cristo y de su Iglesia. Aspectos que antes estaban en la penumbra o se encontraban secuestrados por la manipulación y control ideológico de los valores burgueses adquieren un relieve inédito y nuevo: ha sido la práctica revolucionaria, la inserción en la historia, la que ha constituido la ocasión, no precisamente de la fe—ésta ya se tenía—, sino del redescubrimiento en mayor profundidad de un Cristo y de una palabra que vino a la tierra y se hizo carne pobre, con todas las consecuencias para la historia de los hombres.

Hay también otro itinerario, que no es tanto el que viene de un descubrimiento de la lucha política que interpela a la fe, sino que, partiendo de la misma fe, revisada en comunidades populares, se descubre en ella un impulso revolucionario. En esta perspectiva, el militante cristiano va intuyendo que se da una

(2) Cfr. FIERRO-MATE: *Cristianos por el socialismo*, Ed. Verbo Divino, Estella, 1975, págs. 83 y sigs.

convergencia entre la promesa de redención y la liberación en la tierra, y que si bien ambas mantienen su propia especificidad, no pueden separarse mientras estamos en la Tierra y constituyen una única historia de salvación y de liberación. Llegado a este momento, el cristiano que busca coherencia entre su fe y la tarea liberadora no puede encontrar otro camino que participar en la escena donde se concretiza este proceso de liberación: en las organizaciones políticas que luchan por el socialismo. No puede inventar nada en cuanto cristiano.

Estos dos itinerarios, en realidad, convergen. Es decir, unos partiendo de la misma experiencia política y de lucha; otros, de la exigencia y profundidad de la fe, a ninguno de ellos le es ya posible entender de otra forma su adhesión a Cristo y a la historia de los hombres. Esto que acabo de describir podría decirse que constituye uno de los elementos más específicos de los orígenes de CpS: cómo ayudarnos a compartir estas diversas experiencias.

El «polo cristiano» y el «polo político» de CpS: la experiencia chilena

Estamos todavía a comienzos de los años setenta. Es en aquellos momentos cuando, ante la inminente crisis del franquismo, se van perfilando y saliendo a la luz pública en el horizonte las diversas alternativas políticas. Aparecen, lógicamente, junto a los grupos socialistas y comunistas, las opciones centristas, demócrata-sociales y demócrata-cristianas. Un interés muy específico para nosotros lo constituyó la misma evolución de la Conferencia Episcopal Española en relación con la política: voces nuevas en su seno, mayor libertad de espíritu, distanciamiento del franquismo y de la Iglesia de «cruzada». Pero nos preguntábamos si esta nueva actitud suponía solamente un respaldo unívoco hacia formas centristas o de cierta socialdemocracia, que en ningún caso coincidirían con las coordenadas de las organizaciones políticas en las que nosotros ya nos encontrábamos. Y nos preguntábamos también cuál iba a ser la respuesta de amplios sectores cristianos, poco acostumbrados todavía a optar políticamente en un marco de libertad.

La experiencia chilena de CpS nos fue de mucha ayuda. Por un lado, su insistencia en ofrecer nuevas vivencias de fe a partir de una praxis por el socialismo. Aspecto este que queda suficientemente reflejado en lo que acabo de describir hace unos instantes. Sería éste el «polo cristiano»: el establecimiento de una instancia de reflexión teológica, en la que pudiéramos ir superando las contradicciones, de las que éramos perfectamente conscientes, entre fe y marxismo.

El otro polo, el «polo político», tendría como dos aspectos. Uno, referido directamente a la purificación de la fe en su expresión social y pública, es decir, en su dimensión política. Consistiría en ayudar a desbloquear a los cristianos de una fe expresada en ideologías burguesas y antimarxistas. Creíamos que la fe no puede reducirse, evidentemente, a una ideología y, mucho menos, ser monopolizada por una ideología conservadora. Nuestra intuición pasaba por el convencimiento de que la fe debía o podía expresarse legítimamente por una ideología liberadora, mucho más coherente, a nuestro entender, con las mismas exigencias evangélicas. Aquí hemos situado, desde entonces, lo que llamamos «lucha ideológica» en el seno de la Iglesia.

El segundo aspecto de este «polo político» se refería a la necesidad de «neutralizar» la posible actuación de la Iglesia jerárquica, a través de su magisterio, en la medida en que pudiese impulsar o «invitar» a los cristianos hacia opciones políticas que, para nosotros, no se situan en el terreno de la lucha del pueblo, ni del movimiento obrero, ni en la construcción del socialismo. Ciertas prácticas históricas de la Iglesia española nos hacían temer esto, mucho más cuando las Iglesias italiana, francesa y chilena, para poner algún ejemplo, iban por este camino.

El «encuentro de Avila» (enero 1973): nace CpS

En enero de 1973 tiene lugar el encuentro de Avila, en el que participamos unas 200 personas, provenientes de Cataluña, Madrid, Andalucía, Galicia, País Vasco, Islas, Valencia, Castilla y Asturias. Se trataba, sobre todo, de ver qué es lo que podíamos hacer en la línea de CpS. De aquel encuentro sale un primer documento, de tono un tanto polémico, tal vez en ciertos aspectos bastante radical, pero reflejo de la situación en que nos encontrábamos. El esquema del documento se asemejaba al documento de CpS de Santiago de Chile, pero con connotaciones propias a la situación de nuestro país: clandestinidad, fuerte represión, etc. Fue, además, el resultado de una convergencia de opciones políticas un tanto dispares, situadas todas ellas en la óptica marxista, y de posiciones políticas no definidas todavía, pero con una clara intuición por el socialismo. Aquel documento intentaba ser una primera respuesta a la situación de perplejidad en que amplios sectores de cristianos se encontraban de cara a posibles alternativas políticas. Creíamos que podíamos contribuir en algo y así lo esperábamos. Por lo menos, experimentamos, comunitariamente, una nueva coherencia entre fe y acción histórica por el socialismo. Para nosotros esto era ya muy importante.

Al encuentro de Avila no sólo acuden representantes de la

clase obrera y de las capas populares, sino también del mundo universitario y profesional.

II.—EL MOMENTO DE LAS CUESTIONES IDEOLÓGICAS

Si bien en Avila se manifiesta una clara preocupación a nivel teórico y teológico, no fue éste el centro de nuestra principal aportación. Tratábamos sobre todo de afirmar nuestra identidad, de reclamar la «carta de ciudadanía» en el seno de la Iglesia. Ciertamente se constata nuestra conciencia de las contradicciones históricas e ideológicas entre fe y marxismo. Toda esta temática se irá desarrollando y agudizando posteriormente. Sobre todo, con la ayuda de teólogos que desde un principio se sienten vinculados a nuestra corriente. Se suceden después encuentros a niveles regionales y reflexiones más en profundidad. Quedaba un largo camino por recorrer. Pero un hecho se revela de forma cada vez más incuestionable: el número de cristianos que militan en partidos socialistas y marxistas deja de ser una excepción. Se ha contribuido a que hubiese una nueva voz de Iglesia, a pesar de las precarias condiciones en que nos hemos ido moviendo y desarrollando, clandestinidad y represión.

En septiembre de 1975 nos reunimos por segunda vez, a nivel de Estado español, delegados de las distintas coordinadoras regionales de Cps. En este encuentro se plantean unos interrogantes propios de la situación política y eclesial de aquellos tiempos, que se refieren fundamentalmente a dos cuestiones: en primer lugar, el sentido de nuestra pertenencia a la Iglesia; y en segundo lugar, los equívocos a que había dado lugar la supuesta afirmación exclusivista de que solamente se podía vivir la fe a través de una opción por el socialismo. En Avila no están claras ni maduras estas dos cuestiones. En estos últimos tres años estos dos puntos han sido objeto de reflexión y de maduración.

Un espacio en la Iglesia: ¿qué pluralismo?

¿Qué significa, pues, nuestra pertenencia a la Iglesia? y ¿qué significa el hecho de que hay cristianos que honesta y auténticamente se llaman cristianos, pero cuya fe no pasa por una opción por el socialismo?

En nuestros últimos documentos, estas dos cuestiones han quedado más o menos formuladas en este sentido: nosotros no queremos una Iglesia «paralela»—esto se dice ya en Avila—; queremos una carta de ciudadanía en la Iglesia. Queremos que se nos acepte dentro del pluralismo del que con tanta frecuen-

cia está hablando la jerarquía española durante los últimos meses. Es decir, queremos que este pluralismo sea tan amplio que no quede reducido a unas opciones que, en definitiva, no entroncan con los movimientos y partidos políticos en los que muchos cristianos estamos hoy militando. Más aún, queremos que se nos acepte como marxistas, con todos los interrogantes y riesgos que esto pueda suponer, y reconociendo, al mismo tiempo, que nuestra fe puede ser enriquecida por nuestra misma práctica política. Y esto no de una forma oculta o «vergonzante». En este sentido hemos intentado tener diálogos con los obispos, hemos solicitado una entrevista con representantes de la Conferencia Episcopal, para ofrecerles toda la información que deseen. Queremos sinceramente que nuestra relación con la jerarquía sea lo más clara y lo más diáfana posible, y creemos sinceramente lo que M. Vázquez Montalbán decía no hace mucho en la revista **Triunfo**: «Prudentemente, la jerarquía española no se da por enterada. Imprudentemente, la jerarquía italiana prepara lo que puede ser una "caza de brujas de los cristianos socialistas"». Esta sería nuestra respuesta ante la queja de la última Conferencia Episcopal, cuando decían: «no sabemos quiénes son, a quiénes tenemos que dirigirnos para pedir información».

El segundo problema se refiere a la acusación de que nuestra fe es exclusivista. Más de una vez hemos ya manifestado que nunca hemos querido decir que la fe pase hoy de forma exclusiva por la opción socialista. Así, por ejemplo, en el reciente encuentro catalano-balear de CpS (enero 1976) se afirmó lo siguiente: «No somos nosotros quiénes para juzgar y determinar quién es cristiano y quién no». Esto nos indujo a formular nuestra concepción del pluralismo en el seno de la Iglesia: «Deseamos que cuando objetivamente los cristianos no encontremos en los dos lados de la barricada, tengamos la suficiente serenidad para no condenarnos en nombre de la fe. Esta deberá permanecer como un vínculo misterioso entre todos los que sinceramente se proclaman cristianos. Pero esto nunca será obstáculo para minimizar o diluir nuestro combate político».

En este contexto, podría hablar ahora de las luces y sombras de CpS: es decir, de las acusaciones que se le hacen desde fuera. Se ha dicho que CpS es un nuevo integrismo, aunque de izquierdas; la fe queda de nuevo reducida a lo político. Queramos o no queramos, se ha dicho, CpS necesariamente desembocará en un nuevo bloque histórico-político de cristianos de izquierdas, paralelo a la democracia cristiana de derechas; es decir, un nuevo partido político cristiano de izquierdas. Esta es una sombra real que se proyecta sobre CpS, pero para nosotros se transforma en una luz muy importante, que nos clarifica sobre nuestro empeño: desde el principio hemos negado que quisiéramos constituirnos en un partido político; siempre

hemos combatido cualquier tipo de nuevo integrismo cristiano, sea de derechas o de izquierdas. CpS nunca podrá ser un partido político: ni tiene programa político, ni aspira a forma alguna de poder. En su seno se encuentran militantes de diversos partidos y formaciones políticas, y es en ellos o en ellas donde hacen la vida de partido.

CpS, ¿monopolio de la fe comprometida?

Se trata de otro aspecto, a veces mal comprendido. Nunca hemos querido afirmar que CpS sea el solo y único portavoz de los cristianos comprometidos en la izquierda ni en la lucha por el socialismo. Estamos convencidos de que hay muchos cristianos comprometidos—incluso en organizaciones marxistas—que no ven la necesidad de vincularse a la corriente de CpS. En muchos de ellos, la fe permanece en la esfera de lo privado, y no sienten la necesidad de un tipo de expresión social como la de CpS de cara a la movilización de los cristianos y a la ayuda a su desbloqueo, ni ven el porqué pueda ser importante neutralizar una posible maniobra de algún sector de la jerarquía en el sentido que antes he expuesto. En otros cristianos se dan otras vías de expresión social que no pasan necesariamente por las coordinadas de CpS y son auténticos cristianos y están auténticamente comprometidos.

Dicho con otras palabras: No reclamamos el monopolio de la representatividad de los cristianos comprometidos por el socialismo. Esto me lleva a decir algo importante en nuestra concepción de CpS: CpS no es una etiqueta que oculta detrás de ella a una organización.

CpS como corriente de pensamiento y de acción

Por lo que acabo de decir puede deducirse la forma de estructuración de CpS. Al afirmar que no es una organización, no negamos que nos hemos dotado de ciertas formas de coordinación, aspecto este imprescindible para mantener una comunicación, para confeccionar materiales de reflexión, para poder ofrecer una formulación colectiva y coherente de nuestro pensamiento. Ni siquiera creo que pueda calificarse a CpS como movimiento, sino más bien como corriente. Precisamente en el encuentro internacional de CpS celebrado en Quebec en abril de 1975, al que acude una representación del Estado español, se llegó a esta conclusión: CpS es una corriente que atraviesa hoy a los pueblos cristianos. Se dijo que lo de menos era el nombre. Así, por ejemplo, en México esta corriente se denomina «Cristianos por la Liberación»; en Canadá, «Cristianos Po-

litizados»; en Perú, «Fe y Acción Solidaria», etc.; aunque en la mayor parte de los países se ha adoptado la forma de «Cristianos por el Socialismo», por su valor histórico y expresivo, a partir del encuentro de Santiago de Chile en abril de 1972.

Hoy, CpS se coordina a nivel internacional por regiones. Nosotros estamos coordinados en un comité de enlace europeo que se reúne dos o tres veces al año.

Abordo ahora un último aspecto que merece ser clarificado. Ya he indicado hace un momento que a CpS se encuentran vinculados militantes de diversos partidos políticos; es decir, se da una amplia gama de opciones marxistas. Como CpS, no entramos en la controversia de qué marxismo, de qué táctica en la lucha por el socialismo. Podemos afirmar que el pluralismo socialista en CpS es real, y lo defendemos a toda costa. Hoy nos encontramos militantes de «Reconstrucción Socialista», «Convergencia Socialista», «Partidos Socialistas», «Partido Comunista», «Partido Socialista Unificado de Cataluña», «Liga Revolucionaria», «Organización de Izquierda Comunista», «Organización Revolucionaria de Trabajadores», «Movimiento Comunista», organizaciones sindicales, etc., etc.

A nadie se le pide el carnet de partido. Es más, a las mesas de reflexión de CpS, a nuestros encuentros acuden muchos que no militan en ningún partido; que pertenecen a organizaciones de masas, a asociaciones de vecinos, etc., pero que viven la opción socialista, y la quieren vivir en coherencia con la fe. Es éste otro de los aspectos importantes del pluralismo en el seno de CpS.

III.—OBJETIVOS CONCRETOS AHORA

Es tiempo ya de poner punto final a esta exposición sobre la realidad actual de CpS. Quedaría, sin embargo, un poco coja si no indicase, aunque sea sumariamente, qué es lo que en estos momentos pretende CpS concretamente, en el contexto de la actual coyuntura política y eclesial del país.

Uno de los objetivos a corto plazo es llevar a cabo una lucha honesta, pero firme, hasta las últimas consecuencias, por conseguir un pluralismo real dentro de la Iglesia. Queremos que se acepte que el hecho del pluralismo, hoy real en el campo de las opciones políticas, deje de ser considerado como un peligro para la unidad de la Iglesia, sino todo lo contrario: algo que enriquece y purifica a la Iglesia y a la comunidad cristiana.

Otro objetivo, y no tenemos por qué ocultarlo, es prepararnos para ayudar a sectores cristianos en el momento de las «urnas».

Estamos dispuestos a contribuir como, por ejemplo, de forma eficaz lo ha hecho CpS en Italia, a que la correlación de fuerzas resulte efectivamente a favor de los partidos que luchan por el socialismo. Por todo lo que he dicho anteriormente, me parece que queda claro que no se trata de «manipular el voto católico». Nosotros tratamos de decir que la fe no puede ser monopolizada por nadie, y deseamos sinceramente que la fe se purifique de todas las connotaciones histórico-burguesas y que sea realmente libre.

Un último objetivo, ni menos ni más importante que los anteriores, es el avanzar en la reflexión teórico-teológica. Decía antes que tenemos amigos teólogos que están muy atentos a las experiencias de la «base», y, que, incluso, forman parte de alguna comisión que se ha formado para la reflexión teológica. Por poner un ejemplo significativo, en estos momentos funciona en Barcelona una comisión teológica formada por personas de diversas procedencias políticas, que están preparando un documento sobre «esperanza cristiana y esperanza marxista», y otro sobre el sentido de la Eucaristía en una praxis marxista...

Acabo diciendo que CpS es una apuesta histórica más, que se une a la tradición de todas las corrientes proféticas que, a lo largo de los siglos, han ido atravesando a las Iglesias cristianas. Hoy nos expresamos a través de CpS; mañana tal vez nos tendremos que expresar en otro ámbito nuevo de la lucha por la liberación humana.